

TEXTO N° 10

A BORNEO VAMOS

No bramen así, niños, y suena una voz airada que viene del salón. Estarse quieto, callarse, agachar la cabeza, siempre obedecer, ¿acaso es vida esto?, piensa rabiosamente la niña. Y contestona, lanza a los cuatro vientos para que le oiga su madre: « Si Cecilia nos dijo el otro día que braman el toro, el ciervo, el elefante, los elementos y hasta los hombres. Lo leyó en el diccionario. ¿O es que nosotros no somos humanos y no tenemos derecho de vez en cuando a bram...? Ya está bien de gritar como zulús en la pampa, e irrumpe la madre fuera de sí en el dormitorio de los pequeños, bien decidida a poner fin a esa batahola. Zulús en la pampa, eso es lo que son ustedes. Pero, mamá, si Cecilia nos dijo el otro día que los zulús viven en el sudeste de África, ¿cómo entonces los va a haber en las pampas americanas? Ya me estás calentando las orejas con la Cecilia. Y quién es esa niñita, ¿el nuevo gurú? Ah, sí, la chiquilina de pelo rojo. Y se retira la madre malhumorada, tratándolos por lo bajo de cafres. Sí, como cafres se portan, pero siente cierto orgullo por tener una hija con tan buenas compañías y tan ducha en geografía.

Han pasado tres meses y advierte la madre en la niña unos cambios que no dejan de intrigarla. La nota menos propensa a implicarse en juegos colectivos, más sosegada, más reflexiva. Ya no atruena la casa al terminar la tarde con sus músicas preferidas. Está

mudo el tocadiscos. Parece haberse olvidado de su gran río Magdalena, de su sabana encantada, de esas mechas pícaras que se prenden y apagan misteriosamente. Rehúye la discusión y se retira silenciosamente a su habitación cada vez más a menudo, dedicándose a Dios sabe qué enigmáticos menesteres con aire modesto y esquivo a la vez. Ya no tiene ahora la madre a quien regañar y empieza a añorar en secreto el buen humor y la contagiosa exuberancia pasada de la niña y sus amigos.

Desde hace una semana la madre percibe, sin embargo, en su hija una extraña agitación, un deseo de llamar la atención, de reinsertarse en el juego, una lucecita retozona en sus ojos de carbón que le da claramente a entender que no han terminado las diabluras de antaño. Suspira aliviada. Adelante, pues. Y que vuelvan los buenos tiempos. A ver, niña. Diálogo quieres, diálogo vas a tener...Una pizca de guerra, tal vez...Guerra galana, claro. Pero cuidado, ¿adónde me quiere llevar esa niña? ¿Qué es lo que se trae entre manos? Y movida por la curiosidad decide allanar de nuevo el terreno desertado. Penetra sigilosamente en la habitación de la niña en cuya mesa de trabajo campea un vistoso cuaderno escolar de tapas amarillas cerrado con una llavecita gris, depositada como si nada en la repisa de mármol del radiador. Se acerca intrigada, lo abre cuidadosamente, vuelve dos páginas, tres, cuatro, cinco y lo cierra, enojada. No puede ser. Si la niña ha vuelto a las andadas. Lee estupefacta el título: *Cuando sea mayor*, y a continuación: «Obedece el mar a la luna, obedece el soldado al capitán, obedece la mujer al marido, obedece el hijo a los padres, obedece la oveja al matarife. Y el mundo entero se llena la boca con tan feo verbo. Pero qué gracia le ven, por Zeus. Obedecer, siempre obedecer, maldita palabra. Por el Can, que me aturden con tan ridícula cantinela. Qué mentalidad más borreguil, como diría mi papá, la de los adultos. Da uno una orden y todos se tiran por la ventana, no, miento, saltan del barco y se arrojan al agua, o se ponen firmes. Total, que da lo mismo. Qué desperdicio.» Y la letra garabatososa de la niña viene acompañada de mil monigotes grotescos que bailan una danza desenfadada. Vaya, vaya. A esto te dedicabas con esa cara de conspiradora.

Son las cinco de la tarde. La niña regresa pausadamente del colegio, segura de que su madre ya ha respondido a su implícita

llamada y conoce su secreto. Un secreto a voces, muy a la vista, para todo aquel que quiera enterarse. Así que... redactando memoriales, niña. Ha terminado, que yo sepa, la borrasca revolucionaria. Y le lanza una mirada burlona...A ver, qué cosa escribes, finalmente. ¿Libelos o ñoñeces autobiográficas? Escribo, verbo intransitivo, contesta lacónicamente la niña. Desde luego, verbo intransitivo, sí. ¿Hay más hojas o es que tienes la musa congelada? ¿Acaso no soy digna de apreciar la literatura de mi hija? Porque te has metido, verdad, a escritora. Con madera de creadora te sientes, ¿eh? Pues, eso le faltaba a la familia. Con un pintamonas vanguardista no nos bastaba. Que también una borroneadora de cuartillas nos tenía que tocar, con hojas de acanto, laurel, dioses paganos y canes infernales. Bueno, ya que por lo visto has decidido deslumbrarnos a todos con ese aparatoso cuadernillo, enséñanos tus habilidades. Anda, no te hagas de rogar, si se te ve a una legua que te mueres por leernos tus prosas. ¡Narciso! La niña, engreída, saca entonces de una gaveta en la cual ha echado no pocas bolas de naftalina, no vaya a ser que la polilla voraz arruine el producto de sus esfuerzos de tantos meses, unos folletos complementarios amorosamente enrollados en un papel dorado de fiestas navideñas. Si parecen castañas abrillantadas, exclama la madre, y se ríe de buena gana de las extravagantes ocurrencias de su hija. Así que... *Cuando sea mayor*, ¿eh? Para serte franca, niña, este título me resulta medio soso, hay que cambiarlo. En fin, tú verás. Ya verá usted lo que es bueno, madre, piensa la niña para su capote, si es usted una aguafiestas, una mandona, a todo le pone reparos, nada entiende de metáforas clásicas ni de alusiones mitológicas, y cómo voy yo a prescindir de ellas si son la sal y pimienta de la vida, bueno, de la literatura de verdad. Y le alcanza a la madre el preciado legajo con un aplomo inhabitual. Antes de que ésta pueda reaccionar, ya ha vuelto la espalda y se ha refugiado en el despacho vacío de su padre, esperando ansiosamente el dictamen del mundo adulto.

Dos horas más tarde, la casa se ha vuelto todo un infierno. O mejor dicho, un lúgubre tribunal en que comparecen ante la madre, sentados en el salón y lívidos, la niña y su hermano Cipriano. Conque ¿con estas estupideces, niña, pretendías seducirnos? ¿Te habrás vuelto loca o qué?, y tú, grandísimo tonto, calladito como siempre cuando hace falta hablar, si tenías que habernos avisado de lo que pasaba, y

fulmina con la mirada al hermano mayor que agacha avergonzado la cabeza. ¡Será posible que haya dado a luz a dos ineptos! Mil veces les he dicho que tenemos que ser prudentes y discretos, que su padre anda metido en asuntos políticos, maldita independencia de las Antillas que no nos deja vivir en paz, que lo vigila el General, que el teléfono está intervenido. In-ter-ve-nido, entiendes, niña. Y no me miren ustedes así, o es que son analfabetos. In-ter-ve-ni-do, o sea, que ni hablar libremente se puede. Cuando vuelva tu padre de Egipto y se entere... No quiero ni pensarlo. Espero que a nadie le hayas enseñado tus «escritos». Ni a la Laura ni a la Cecilia. ¿Pero, dime, quién te mandó escribir sobre el Hombre Nuevo? ¿Los niños ven tan agitada a la madre, tan sinceramente trastornada que les entra de repente una pena grande. No se preocupe mamá, que Laura es huérfana, afirma mintiendo la pequeña y la Ceci se lleva mal con sus padres. Pero la madre no se calma, pide cuentas, vuelve a la carga, que le expliquen eso del Hombre Nuevo, y primero ese ataque en regla contra la familia y el orden. ¿Es que tanto te cuesta obedecer? Parece como si fuéramos torturadores.

Es tal la avalancha de reproches que apenas si puede la niña meter baza. Que el parrafito inicial contra la obediencia es sólo, madre, un artificio, un..., como dijo usted misma el otro día, un exordio, una introducción, un *incipit*, o qué sé yo, en fin un chisme, un truco literario para darle comienzo al texto, algo bonito. Ah, sí, algo bonito, niña boba, que nos va a llevar directamente a la cár... Algo bonito que desemboca en el elogio al Hombre Nuevo, ¿eh? Qué sabes tú de esto? No ves que puede ser peligroso volver a poner sobre el tapete un tema tan incandescente, una pura brasa, te digo, con todos los horrores que engendraron esas malditas utopías. Que no sabías. Pues, haberte enterado o callado. Que en la Biblia de eso hablan, crees tú. ¿Y desde cuándo frecuentas la Biblia? Y no me vengas otra vez con que la Cecilia te dijo... Sí, es verdad, del «Hombre viejo» y del «Hombre nuevo» habla San Pablo en sus Epístolas a los romanos y los efesios, pero esto excede tu entendimiento. Óyeme, y al Hombre Nuevo ¿por qué lo pintas así en tu relato?, avanzando a saltitos por el césped con sus vistosos zapatos de cuero, como hechos a la medida, bien ajustaditos al pie, idénticos, zapatos finos, tipo italiano. Ah, sí, ya caigo en la cuenta... Eres como tu padre, una idealista, soñando acaso con

remediar las carencias de la industria del calzado soviética. Que no camine más la gente con zapatos descabalados, toscos, que viva feliz el proletariado, eso quieres tú. Y ¿por qué le pusiste a esa gloriosa falange de Hombres Nuevos tan estrambóticos nombres? Que si Cuauhtémoc, Atahualpa, Enriquillo, Aníbal, éste, desde luego, no podía faltar, si el púnico te tiene embrujada desde siempre. Contéstame. Que son luchadores, insurgentes, resistentes. Y a mí qué. Ya verás cómo la policía va a interpretar todo esto: mensajes cifrados. Y tu padre, el pobre, que se encuentra en El Cairo tomando contactos con medio Magreb. Mira el lío en que nos has metido con tus ínfulas de escritora.

Y ¿por qué te dio por mencionar España?, si por España precisamente ha de regresar tu padre de incógnito. ¡Menuda ayuda le prestas tú con esa inútil cháchara! Y esas piedras grandes del campo salmantino que aconsejas extraer hasta con bombas, ¿qué pintan en tu texto? Qué necesidad tenías de sacar esos huevos prehistóricos de su lugar, sí, impresionantes, sí, para trasladarlos a tu Edén tropical. Porque, a fin de cuentas, es tropical, si te he entendido bien, el Paraíso del Hombre Nuevo, con sus buenas matas de bambú y sus cocoteros majestuosos. No te podías conformar, por supuesto, con las piedras volcánicas de nuestras islas. Un toque de exotismo mediterráneo quisiste introducir, o que todos supieran que tú sí has viajado. ¿Cómo? ¿Qué dices? Que yo no te entiendo, que tergiverso sistemáticamente todo lo que tú escribes. Que intentaste sugerir con ese ridículo, te lo digo yo, añadido pétreo la descomunal belleza de un mundo mestizo en que se funden las geografías y los seres. ¡Pero qué jerga, por el Can, como dices tú! ¡Y qué atrevimiento! Plantándome cara después de lo que has hecho. La niña intenta en vano defenderse. Seguro que se van a creer los sabuesos del Servicio de Inteligencia que le andan pisando las huellas a tu papá desde hace más de tres años, que el viajecito de las piedras de España al Trópico es pura metáfora, si también ellos tienen letras, que alude a un próximo encuentro con los cubanos. Y ya sabes, para ellos Cuba...Y tú, niña, que hasta hablaste de explosivos. Ay, Dios mío, cuándo terminará esta pesadilla. ¿Por qué te pusiste a escribir todas estas extravagancias? ¿Tan feo es el mundo, tan mal sabe la realidad?

De un sillón de cuero se eleva valerosamente la voz del hermano. ¿Por qué no quemar, mamá, ese maldito cuaderno, con

perdón, niña. Si no ha pasado nada. Nadie lee en cenizas, agrega con tono firme, reiterándole a la madre su varonil apoyo. Ojalá esté equivocada y no ocurra nada, dice ella intentando recuperarse. A tu padre no le vamos a comentar nada. Y acercándose con cariño a la niña le acaricia suavemente la cabeza, no sin darle antes a su hijo una agradecida palmadita en el hombro. Cerremos un nuevo trato, niños. Tú, Cipriano, de protector de tu hermanita... y de tu madre. Y tú, niña, ya que has demostrado tus habilidades de escritora, tan mal no te defiendes, finalmente, te vamos a encargar un nuevo texto. No llores, por favor, ¿acaso no renace el fénix de sus cenizas? Nada de Hombre Nuevo, me oíste, que el tema no da para más, déjalo ya, que huele a moho, y pasa a reescribir, ya que tanto te gusta hurgar en antiguallas, el tema del Buen salvaje, en fin, del salvaje, manso o fiero. «El salvaje de Borneo» podría ser. Una pequeña luz prende en los ojos de la niña, pronto ensombrecida por una fea duda. ¿Le estará tomando el pelo su madre? ¿Acaso quedan realmente salvajes en esos pagos remotos? Pero la madre y el hermano le confirman que en Borneo... Ah, sí supieras, niña, la horrible tragedia que acaba de suceder en Borneo. Mira si no el periódico de la semana pasada. Pues, rumbo a Borneo entonces, exclama la niña animándose de súbito. Y enseguida le asigna al hermano el decisivo papel de recolector de informaciones sobre la isla y sus costumbres. Que si no la asustaron los caribes de las Antillas, a los salvajes de Borneo se los traga a todos en un dos por tres. Y Borneo... ¡qué profunda y misteriosa suena la palabra en medio del invierno parisiense! En sus laberintos vegetales y bravos ya se prepara feliz a perderse la niña.